

## El padre Brown y el caso Donnington

**Libros** Por G. K. Chesterton.

Por supuesto, nada más natural que se nos ocurriera requerir la opinión de un experto acerca de la tragedia, o, al menos, de alguien más sutil que el policía de turno. Pero no se me ocurrió casi nadie a quien pudiéramos consultar privadamente. [...]

Mi viejo amigo Brown, el cura católico de Cobhole, que a menudo me había aconsejado bien sobre algunas cuestiones de poca importancia, me telegrafió para decirme que mucho se temía no poder venir a visitarnos, ni siquiera una hora. [...]

El superintendente Matthews sigue infundiendo confianza a cualquiera que hable con él, pero la mayoría de las veces se muestra reticente y, en algunos casos, es oficialmente lento.

Sir Borrow parecía paralizado por la tragedia final, cosa disculpable en un hombre tan anciano y que, por muchos que sean sus defectos, ha visto cómo se acumulaban las tragedias sobre su nombre y los de su sangre.

A Wellman se le puede confiar la custodia de las joyas de la Corona, pero no una idea. Harriet es demasiado buena para ser un buen detective. Así que no logré satisfacer mi apetito de consejos expertos. Y creo que, hasta cierto punto, los demás también lo compartían; en mi opinión, todos estábamos deseando que llegase alguien de fuera, alguien con más experiencia, con tanta experiencia que conociese un caso parecido al nuestro. Y, desde luego, ninguno teníamos la menor idea de quién podría ser ese hombre.

Ya he contado que, cuando descubrieron el cadáver de la pobre Evelyn, llevaba puesta una bata, como si la hubieran llamado de pronto, y que la puerta de la habitación del cura estaba abierta. Movidio por no sé qué impulso, yo la había cerrado, y, por lo que sé, no volvió a abrirse hasta que lo hicieron desde dentro. Admito que para mí fue algo terrible.

Sir Borrow, Wellman y yo estábamos solos en la escena del crimen. Al menos lo estábamos hasta que un completo desconocido entró en la habitación sin ni siquiera quitarse el sombrero puntiagudo de la cabeza. Era un hombre grueso, cubierto de la suciedad del camino, sobre todo en los pantalones, que estaban salpicados del barro y el fango de muchas zanjas. Afectaba una absoluta despreocupación que yo era incapaz de compartir, pues, a pesar de la suciedad y la impudicia añadidas, reconocí en él a Mester [...].

Por la ventana rota que daba al jardín vi al superintendente Matthews de espaldas a la casa entre los arbustos. Me acerqué a la ventana silbando a mi vez, pero con una intención mucho más práctica. [...]

-Yo no molestaría al bueno de Matthews -observó el hombre del sombrero puntiagudo en tono amistoso-, es muy buen policía y debe de estar agotado. Creo que yo puedo responder a casi las mismas preguntas que él. -Y encendió un cigarrillo.

-¡Señor Mester -repliqué con cierto acaloramiento-, estaba llamando al superintendente para que viniese a arrestarle!

-Claro -respondió arrojando la cerilla por la ventana-. ¡Pues no lo hará! -Se me quedó mirando con gesto imperturbable. [...] El tal Mester prosiguió:- Me refiero a que mi situación no es la que usted imagina. [...]

Antes de que pudiera terminar, yo solté un grito...

-¡Alto! ¿exclamé-. ¿Quién hay detrás de la puerta?

Vi, por el movimiento de la boca de Mester, que estaba a punto de responder «¿Qué puerta?». Pero, antes de que pudiera mover los labios, también él obtuvo respuesta. Y, de detrás de la puerta sellada de la cámara secreta, llegó el ruido de algo que estaba vivo, aunque no fuese humano, o que se movía, aunque no estuviese vivo.

-¿Qué hay en la habitación del cura? -grité, y miré a mi alrededor en busca de algo con lo que echar la puerta abajo.

Había levantado la barra de hierro dentada para hacerlo. Y de pronto el horrible papel que había representado esa noche aquel objeto me sobrecogió. Me acerqué a la puerta y la golpeé débilmente con las manos sin dejar de decir: «¿Qué hay en la habitación del cura?». El hecho terrible es que una voz, siniestra pero humana, respondió desde detrás de la puerta

cerrada:

-¡El cura!

La pesada puerta se abrió muy despacio, empujada por una mano no más fuerte que la mía. La misma voz que había dicho «El cura» dijo en tono sencillo: «¿Quién iba a ser si no?». La puerta giró lentamente sobre sus goznes y reveló la negra silueta de una persona rechoncha y tímida con un enorme sombrero y un paraguas estropeado. Era, en todos los sentidos, la persona menos novelesca e indicada para estar en la habitación del cura, salvo por la casualidad de que se tratase de un cura.

Se me acercó sin más, antes de que yo pudiera exclamar:

-¡Al final ha podido usted venir!

Me estrechó la mano y, antes de soltarla, me miró con una expresión muy singular: triste, pero más seria que triste. Sólo se me ocurre decir que se parecía más a la expresión que exhibimos en el funeral de un amigo que a la que adoptamos junto al lecho de muerte de uno de nuestros allegados.

-Al menos puedo felicitarle -dijo el padre Brown.

Creo que me pasé la mano bruscamente por el pelo. Y estoy seguro de que respondí:

-Y ¿de qué puede felicitarme en toda esta pesadilla?

Me respondió con la misma voz inexpresiva:

-De la inocencia de la mujer que va a convertirse en su esposa.

-Nadie -grité indignado- ha pensado en relacionarla con el asunto. [...]

No negaré que de pronto se me quitó un peso del corazón que ni siquiera había sabido que estaba oprimiéndome.

Pero mi obligación era seguir investigando.

-¿Quiere usted decir, padre Brown -pregunté-, que sabe usted quién es el culpable?

-En cierto sentido sí -respondió-. Pero debe usted recordar que en un caso de asesinato la persona más culpable no siempre es el asesino.

